

La enfermedad DEL FUEGO

Arlette Armenta Lira
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 9° semestre

O lía a carne quemada. Las calles, las casas, el viento... todo se impregnaba de ese olor nauseabundo, y es que, las personas se estaban quemando y no metafóricamente, estaban ardiendo de verdad.

Al principio, creímos que era un accidente, las primeras noticias hablaban de víctimas calcinadas como si se tratara de episodios sin conexión, pero cuando la quinta, la décima, la trigésima persona ardió en plena vía pública, las ciudades se volvieron un caos. Luego, los científicos le dieron un nombre a aquella anomalía: *la enfermedad del fuego*.

Tras incontables decesos, estudios y observaciones, declararon que se trataba de un problema provocado por el calor, y revelaron las distintas etapas por las que pasaba la enfermedad antes de que el sujeto terminara prendido en llamas.

La temperatura alta era el primer síntoma. Más de treinta y nueve grados podía significar que corrías peligro, por lo que deberías intentar bajarla lo más pronto posible (se recomendaba tomar baños de agua fría y usar compresas de hielo).

Luego, si no lograba bajarse la temperatura a tiempo, comenzaba la sensación de ardor en el cuerpo. Se describía como si te estuvieses quemando por dentro, un síntoma que empezaba como algo molesto, pero que terminaba convirtiéndose en algo insoportable. Era posible que este mismo malestar en el sujeto, y la desesperación por deshacerse del ardor, provocaran el siguiente síntoma: la agresividad.

En muchos de los casos, los testigos declararon que las personas a las que ayudaban a tratar el ardor y la temperatura (hijos, hermanos, pareja o amigos) luego de un rato se ponían violentas: gritaban, insultaban e incluso comenzaban a golpear y aventar cosas. Una vez desatada la agresividad en el sujeto, este no tardaba mucho en perder por completo la cordura, por lo que varios de los testigos llegaron a ser atacados y se vieron obligados a huir y pedir ayuda.

PIROCROMIO

19

#34 APOCALIPSIS

La última fase ya la conoces, lector: el cuerpo del sujeto terminaba por colapsar y hacía combustión.

Parece que el calor es capaz de trastornar la mente y desquiciarla, de afectar el funcionamiento correcto del cuerpo. *Se puede morir de calor*, y no solo se trata de una expresión de queja. Mas el hombre, año tras año, subestimó su peligro e ignoró las primeras señales de advertencia: los múltiples golpes de calor entre los ciudadanos, los incendios forestales, las sequías, las carreteras derretidas y la temperatura infernal que prometía ponerse peor. No consideró que solo tenemos un lugar en el que podemos vivir.

Pero ni aun con personas prendiéndose en llamas por las calles se hacía algo para ayudar con el calentamiento global, la raíz del problema. Antes, se compraron todos los ventiladores y aires acondicionados que había en el mercado; comenzaron a venderse y desarrollarse filtros solares, que decían evitar que la gente se prendiera en llamas (y que prometían no ser dañinos para la piel); suplementos alimenticios; ropa a prueba de rayos UV, que tenía pequeños compartimentos de gel refrigerante, y que, por supuesto, estaba “a la moda”; paraguas, gorras, y una larga lista de etcéteras.

A pesar de todas aquellas invenciones, las calles olían a muerte, y no había ningún producto que evitara dicha peste.

Las plantas y los animales no tardaron en unirse a los humanos. Por todas partes se observaban nubes oscuras que indicaban un deceso más (un árbol, un perro, una persona, un bebé): una prueba de que algo se estaba haciendo mal, una señal de humo ignorada.

Algunas personas temían salir a la calle, pero lo cierto era que muchos morían incinerados en sus casas. La ciudad, nacida de un baño de cemento y metal, se había convertido en un gigantesco horno; desprovista de árboles o simple tierra, era el lugar perfecto para incinerar humanos. Sólo con caminar en ella podías notarlo, sentir el calor de sus entrañas, brindado por el sol y almacenado en el pavimento y los muros de las casas.

Lo noté hace unas estaciones atrás, mientras daba una caminata vespertina. Todavía vivía en una zona que poseía un terreno lleno de árboles (antes de que se llenara de edificios); y, apenas crucé esa fina franja entre fraccionamientos y terreno, sentí la diferencia. Y eso que sólo eran unos metros de distancia entre uno y otro, pero la frescura con la que me recibió el viento y los árboles fue abismal.

Las personas buscan refugio de la enfermedad en sus casas con aire acondicionado y en dudosos productos para la piel, cuando el verdadero refugio ha estado ahí desde un principio, desde antes de que nosotros apareciéramos en la Tierra: la naturaleza.

Y es gracioso que la naturaleza no se venga de nosotros y sea la que nos esté matando, sino que hayamos sido nosotros mismos los que provocamos que las personas y todo a nuestro alrededor comenzara a sucumbir por el calor, por las llamas del infierno que creamos.

Pienso que esto debería abrirnos los ojos, hacer que nos demos cuenta de que estamos construyendo mal las ciudades, y que las estamos convirtiendo en una tumba de cemento. Solo me pregunto: ¿era necesario esperar a que la primera persona muriera, que nuestra visión se bañara de fuego, que nuestro olfato se inundara con la fetidez de la muerte, que sintiéramos el bochorno y la locura para darnos cuenta?

¿Era necesario esperar a ver cómo la pequeña, y aparentemente inofensiva, llama se hacía más grande hasta convertirse en un colosal incendio imposible de apagar?

Aparentemente sí, porque parece que el mundo tiene que arder para que algunos abran los ojos.